

PALABRAS DE S.S. JUAN PABLO II
(23 de marzo de 1980)

EL MENSAJE CRISTIANO DE SAN BENITO PARA EUROPA Y PARA EL MUNDO
EN LA PERSPECTIVA DE LOS TIEMPOS NUEVOS
(Homilía pronunciada durante la Misa en Nursia)

1. Gloria a ti, Cristo, Verbo de Dios.

Gloria a ti cada día en este período bendito que es la Cuaresma. Gloria a ti hoy, día del Señor y V domingo de este período.

Gloria a ti, Verbo de Dios, que te has hecho carne y te has manifestado con tu vida y has realizado en la tierra tu misión con la muerte y la resurrección.

Gloria a ti, Verbo de Dios, que penetras lo íntimo de los corazones humanos y les muestras el camino de la salvación.

Gloria a ti en todo lugar de la tierra.

Gloria a ti en esta península, entre las cumbres de los Alpes y el Mediterráneo. Gloria a ti en todos los lugares de esta bendita región; gloria a ti en cada ciudad y pueblo, donde desde ya casi hace dos mil años te escuchan sus habitantes y caminan a tu luz.

Gloria a ti, Verbo de Dios, Verbo de la Cuaresma, que es el tiempo de nuestra salvación, de la misericordia y de la penitencia.

Gloria a ti por un *hijo ilustre de esta tierra.*

Gloria a ti, Verbo de Dios, a quien aquí, en esta localidad, llamada Nursia, un hijo de esta tierra -conocido en toda la Iglesia y en el mundo con el nombre de Benito- escuchó por vez primera y acogió como luz de la propia vida, y también de la de sus hermanos y hermanas.

Verbo de Dios que no pasarás jamás. Han transcurrido ya mil quinientos años desde el nacimiento de Benito, tu confesor y monje, fundador de la Orden, Patriarca del Occidente, Patrono de Europa.

Gloria a ti, Verbo de Dios.

2. Permitidme, queridos hermanos y hermanas, que intercale estas expresiones de veneración y agradecimiento en las palabras de la liturgia cuaresmal de hoy. La *veneración y el agradecimiento* constituyen el motivo de nuestra presencia hoy aquí, de mi peregrinación junto con vosotros al lugar del nacimiento de San Benito, al cumplirse mil quinientos años de la fecha de este nacimiento.

Sabemos que el hombre *nace al mundo* gracias a sus padres. Confesamos que, habiendo venido al mundo por sus procreadores, que son el padre y la madre, renace *a la gracia del bautismo* sumergiéndose en la muerte de Cristo crucificado, para recibir la participación en

esa vida que Cristo mismo ha revelado con su resurrección. Mediante la gracia recibida en el bautismo, el hombre participa en el nacimiento eterno del Hijo del Padre, puesto que se hace hijo adoptivo de Dios: hijo en el Hijo.

No se puede menos de recordar esta verdad humana y cristiana acerca del nacimiento del hombre, hoy en Nursia, en el lugar del nacimiento de San Benito. Al mismo tiempo se puede y se debe decir que, juntamente con él, *nacía en cierto sentido una época nueva, una, nueva Italia, una nueva Europa*. El hombre siempre viene al mundo en determinadas condiciones históricas; incluso el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre en cierto período de tiempo, y en El dio comienzo a los tiempos nuevos que han venido después de El. Igualmente, en una determinada época histórica, nació en Nursia Benito que, gracias a la fe en Cristo, obtuvo “la justicia que viene de Dios” (*Flp* 3,9), y supo injertar esta justicia en las almas de sus contemporáneos y de la posteridad.

3. El año en que, según la tradición, vino a la luz Benito, el 480, sigue muy de cerca a una fecha fatídica, o mejor, fatal, para Roma: aludo a ese 476 después de Cristo, en el cual con el envío a Constantinopla de las insignias imperiales, el Imperio Romano de Occidente, después de un largo período de decadencia, tuvo su fin oficial. Se derrumbaba ese año una estructura política, esto es, un sistema que había condicionado, poco a poco, casi por un milenio, el camino y el desarrollo de la civilización humana en el área de todo el litoral del Mediterráneo.

Pensemos: Cristo mismo vino al mundo según las coordenadas -tiempo, lugar, ambiente, condiciones políticas, etc.- creadas por este mismo sistema. Y también la cristiandad, en la historia gloriosa y doliente de la “*Ecclesia primaeva*”, tanto en la época de las persecuciones, como en la sucesiva libertad, se desarrolló en el marco del “*ordo Romanus*”, más aún, se desarrolló, en cierto sentido, “a pesar” de este “*ordo*”, en cuanto ella tenía una dinámica propia que le hacía independiente de él y le consentía vivir una vida “paralela” a su desarrollo histórico.

Tampoco el llamado edicto de Constantino, en el 313, hizo depender a la Iglesia del Imperio: si le reconoció la justa libertad “*ad extra*” después de las sangrientas represiones de la época anterior, no fue él quien le confirió esa igualmente necesaria libertad “*ad intra*” que, en conformidad con la voluntad de su Fundador, le viene indefectiblemente del impulso de vida que le comunica el Espíritu. Incluso después de este importante acontecimiento, que selló la paz religiosa, el Imperio Romano continuó su proceso de desintegración: mientras en Oriente el sistema imperial se pudo reforzar, también, con notables transformaciones, en Occidente se debilitó progresivamente por una serie de causas internas y externas, entre las cuales el choque de las migraciones de los pueblos, y en un determinado momento no tuvo ya la fuerza de sobrevivir.

4. De hecho, cuando aquí en Nursia vino al mundo San Benito, no sólo “el mundo antiguo se encaminaba al fin” (Krasinski, *Irydion*), sino que en realidad este mundo ya había sido transformado: habían subintrado los “*Christiana tempora*”. Roma, que en un tiempo había sido el testigo principal de la potencia en la ciudad del más grande esplendor del Imperio, se había convertido en la Roma cristiana. En cierto sentido había sido realmente la ciudad con la que se había identificado el Imperio. *La Roma de los Césares* ya se había desvanecido. *Quedaba la Roma de los Apóstoles*. La Roma de Pedro y de Pablo, la Roma de los mártires, cuya memoria todavía estaba relativamente fresca y viva. Y, mediante esta memoria estaba viva la conciencia de la Iglesia y el sentido de la presencia de Cristo, del que tantos hombres y mujeres no habían vacilado en dar su testimonio, mediante el sacrificio de la propia vida.

Así, pues, nace en Nursia Benito y madura en ese clima particular, en el que el fin de la potencia terrena, la mayor de las potencias que se han manifestado en el mundo antiguo, habla

al alma con el lenguaje de las *realidades últimas*, mientras, al mismo tiempo, Cristo y el Evangelio hablan de *otra aspiración*, de *otra dimensión de la vida*, de otra justicia, de *otro Reino*.

Benito de Nursia crece en este clima. Sabe que la verdad plena sobre el significado de la vida humana lo ha expresado San Pablo, cuando ha escrito en la Carta a los Filipenses: “dando al olvido a lo que ya queda atrás, me lanzo tras lo que tengo delante, mirando hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús (Flp 3,13-14).

Estas palabras las había escrito el Apóstol de las Gentes, el fariseo convertido, que así daba testimonio de su conversión y de su fe. Estas palabras reveladas contienen también la verdad que retorna a la Iglesia y a la humanidad en las diversas etapas de la historia. En esa etapa, en la que Cristo llamó a Benito de Nursia, estas palabras anunciaban el comienzo de una época que sería precisamente la *época de la gran aspiración “hacia lo alto”*, en pos de Cristo crucificado y resucitado. Tal como escribe San Pablo: “para conocerle a Él y el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándose a El en su muerte, por si logro alcanzar la resurrección de los muertos” (Flp 3,10-11).

Así, pues, más allá del horizonte de la muerte que sufrió todo el mundo construido sobre la potencia temporal de Roma y del Imperio, emerge esta nueva aspiración: la aspiración “hacia lo alto”, suscitada por el *desafío de la nueva vida*, el desafío que Cristo trajo al hombre juntamente con la esperanza de la futura resurrección. El mundo terrestre -el mundo de las potencias y de las derrotas del hombre- se convierte en el mundo visitado por el Hijo de Dios, el mundo sostenido por la cruz en la perspectiva del futuro definitivo del hombre, que es la eternidad: el *Reino de Dios*.

5. Benito fue para su generación, y aún más para las generaciones sucesivas, el apóstol de ese Reino y de esa aspiración. Y sin embargo, el mensaje que él proclamó mediante toda su Regla de vida, parecía -y parece incluso hoy- ordinario, común y como menos “heroico” que el que dejaron los apóstoles y los mártires sobre las ruinas de la Roma antigua.

En realidad es *el mismo mensaje de vida eterna*, revelado al hombre en Cristo Jesús, el mismo, aun cuando *dicho con el lenguaje de tiempos ya diversos*. La Iglesia lee siempre de nuevo el mismo Evangelio -Palabra de Dios que no pasa- en el contexto de la realidad humana que cambia. Y Benito supo ciertamente interpelar con perspicacia los signos de los tiempos de entonces, cuando escribió su Regla en la cual la unión de la oración y del trabajo se convertía en el principio *de la aspiración a la eternidad*, para aquellos que la habrían de aceptar. “*Ora et labora*” era para el gran fundador del monaquismo occidental la misma verdad que el Apóstol proclama en la lectura de hoy, cuando afirma que lo ha dejado todo por Cristo:

“Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrificué y lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo y ser hallado en Él” (Flp 3,8-9).

Benito, al leer los signos de los tiempos, vio que era necesario realizar el programa *radical* de la santidad evangélica, expresado con las palabras de San Pablo, de una forma ordinaria, en las dimensiones de la vida cotidiana de todos los hombres. Era necesario que lo heroico se hiciese normal, cotidiano, y que lo normal, cotidiano, se hiciese heroico.

De este modo él, padre de los monjes, legislador de la vida monástica en Occidente, vino a ser también indirectamente el *precursor de una nueva civilización*. Dondequiera que el trabajo humano condicionaba el desarrollo de la cultura, de la economía, de la vida social, allí llegaba el programa benedictino de la evangelización, que unía el trabajo a la oración, y la oración al

trabajo.

Hay que admirar la *sencillez* de este programa y, al mismo tiempo, su *universalidad*. Se puede decir que este programa ha contribuido a la cristianización de los nuevos pueblos del continente europeo y, a la vez, se ha encontrado también en la base de su historia nacional, de una historia que cuenta con más de un milenio.

De este modo, San Benito se convierte en el Patrono de Europa durante el curso de los siglos: mucho antes de ser proclamado como tal por el Papa Pablo VI.

6. *Él es Patrono de Europa* en esta época nuestra. Lo es no sólo por sus méritos particulares hacia este continente, hacia su historia y su civilización. Lo es, además, por la nueva *actualidad* de su figura en relación con la *Europa contemporánea*.

El trabajo se puede separar de la oración y hacer de él la única dimensión de la existencia humana. La época contemporánea lleva consigo esta tendencia. Esta época se diferencia de los tiempos de Benito de Nursia, porque entonces *Occidente miraba hacia atrás*, inspirándose en la gran tradición de Roma y del mundo antiguo. Hoy Europa tiene a sus espaldas la terrible segunda guerra mundial y los consiguientes cambios importantes en el mapa del globo, que han limitado la dominación de Occidente sobre otros continentes. Europa, en cierto sentido, ha retornado dentro de sus propias fronteras.

Y sin embargo, lo que está a nuestras espaldas no es el objeto principal de la atención y de la inquietud de los hombres y de los pueblos. El objeto no cesa de ser *lo que está ante nosotros*.

¿Hacia dónde camina toda la humanidad, ligada con los múltiples vínculos de los problemas y de las recíprocas dependencias, que se extienden a todos los pueblos y continentes? ¿Hacia dónde camina nuestro continente y, apoyados en él, todos esos pueblos y tradiciones que deciden de la vida y de la historia de tantos países y de tantas naciones?

¿Hacia dónde camina el hombre?

Las sociedades y los hombres, en el curso de estos quince siglos que nos separan del nacimiento de San Benito de Nursia, han llegado a ser los herederos de una gran civilización, los herederos de sus victorias, pero también de sus derrotas, de sus luces, pero también de sus sombras.

Se tiene la impresión de que prevalece la economía sobre la moral, de *que prevalece la temporalidad sobre la espiritualidad*.

Por una parte, la orientación casi exclusiva hacia el consumo de los bienes materiales, quita a la vida humana su sentido más profundo. Por otra parte, el trabajo está volviéndose en muchos casos casi una coacción alienante para el hombre, sometido al colectivismo, y se separa casi a cualquier precio, de la oración, quitando a la vida humana su dimensión ultratemporal.

Entre las consecuencias negativas de una semejante actitud de cerrarse a los valores trascendentes, hay una de ellas que hoy preocupa de modo especial: consiste en el clima cada vez más difundido de tensión social, que degenera tan frecuentemente en episodios absurdos de feroz violencia terrorista. La opinión pública está profundamente impresionada y turbada por ella. Sólo la conciencia recuperada de la dimensión trascendente del destino humano puede conciliar el compromiso por la justicia y el respeto a la sacralidad de cada una de las vidas humanas inocentes. Por esto la Iglesia italiana se recoge hoy particularmente en apremiante oración.

No se puede vivir para el futuro sin intuir que el sentido de la vida es mayor que la temporalidad, que está sobre ella. Si la sociedad y los hombres de nuestro continente han perdido *el interés por este sentido, deben encontrarlo de nuevo*. Con esta finalidad ¿pueden volver quince siglos atrás, al tiempo en que nació San Benito de Nursia?

No, no pueden volver atrás. Deben encontrar de nuevo el sentido de la vida en el contexto de nuestro tiempo. De otro modo no es posible. Ni deben ni pueden volver atrás, a los tiempos de Benito, pero deben volver a encontrar el sentido de la existencia humana según la *medida de Benito*. Sólo entonces vivirán para el futuro. Y trabajarán para el futuro. Y morirán en la perspectiva de la eternidad. Si mi predecesor Pablo VI ha proclamado a San Benito de Nursia el Patrono de Europa, es porque él podrá ayudar en esto a la Iglesia y a las naciones de Europa. Deseo de corazón que esta peregrinación de hoy al lugar de su nacimiento pueda constituir un servicio a esta causa.

* * *

MENSAJE PONTIFICIO A LAS NACIONES EUROPEAS

Juan Pablo II ha querido dar un relieve especial a las celebraciones en honor de San Benito, Patrono de Europa, con ocasión del XV centenario de su nacimiento. Para ello peregrinó el domingo 23 de marzo a la tierra natal del Santo, donde pronunció una serie de discursos. Pero ya, antes de su viaje a Nursia, al iniciarse en Montecasino las ceremonias conmemorativas envió a todos los pueblos de Europa el siguiente mensaje dirigido a dom Martino Matronola, osb, abad de Montecasino.

El 21 de marzo próximo se inaugurará oficialmente en todo el mundo el XV centenario del nacimiento de San Benito. Este acontecimiento revestirá solemnidad particular en Montecasino ante los restos sagrados del Patriarca venerado, donde se reunirán junto a mi Secretario de Estado, el cardenal Agostino Casaroli, numerosos Embajadores, Representantes cualificados y dignos de las naciones de Europa. Será ésta una corona de agradecimiento y gloria al que fue Padre y Maestro de Europa, y a quien mi predecesor Pablo VI, de venerada memoria, proclamó Patrono principal de Europa.

Como ya dije a principios de año, “esta fecha y esta figura tienen tal elocuencia que no será suficiente una conmemoración cualquiera”, y claro está que todavía tendré ocasión de hablar de este Santo que pertenece a la historia de la Iglesia y del mundo entero. Pero en esta circunstancia me agrada dirigir a las naciones europeas, a través de sus Representantes, un mensaje paterno inspirado en la obra que realizó San Benito por designio admirable de Dios en este antiguo continente, a través de su regla y sus hijos.

En los primeros siglos siguientes a su muerte, la regla benedictina invadió pacíficamente Europa, a excepción de los países de la esfera bizantina que, sin embargo, sintieron su influencia. Además de Italia, enseguida también Galia, Inglaterra, Bélgica, Frisia, Alemania entera y Suiza fueron sembradas de monasterios benedictinos. Pasó un poco de tiempo, y también la Península Ibérica, Holanda, Irlanda, Bohemia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Polonia, Hungría, Dalmacia, Albania y hasta Palestina, Siria y Constantinopla conocieron la actividad santificadora y civilizadora de los hijos de San Benito.

La obra admirable que llevaron a cabo, delineada con acentos particulares por mi predecesor Pablo VI, de venerada memoria, cuando proclamó Patrono de Europa al Santo, fue obra de unión de los pueblos fundada en una misma fe cristiana. Pueblos que por historia, tradiciones, educación y carácter eran diferentes, hasta el punto de enfrentarse en guerras feroces, se sintieron todos cristianos, todos creyentes en Dios y todos hijos por la fe de un mismo Padre

celestial y de la Iglesia de Roma. La misma lengua latina, hablada corrientemente por los hombres de cultura y utilizada en la liturgia, era vínculo y expresión de dicha unidad ideal.

Esta unidad de fe y sentimientos que se halla en la base de las distintas fases de la historia del alto medioevo, fue el tejido espiritual creado por los benedictinos que, por otra parte, encontraban en su regla los principios inspiradores de la educación y formación a la unidad. La consistencia de la familia monástica, formada por la regla con un jefe único que es a la vez padre y maestro responsable de todos los miembros, con una jerarquía de personas y valores bien delimitada, con el voto de estabilidad, con una reglamentación muy precisa de oración y trabajo, con relaciones fraternas alimentadas de viva caridad, era toda una escuela y un modelo para los monjes evangelizadores y para los pueblos recién evangelizados.

Esta unidad quiere ser el tema y el objeto de mi mensaje en este momento tan significativo, en que representantes de las naciones europeas están reunidos en honor del Maestro y Padre de sus pueblos, pueblos igualmente queridos todos de la Iglesia.

Cuando desde hace tiempo se trabaja laudablemente por la unión europea -parcial por ahora todavía- y se han dado ya tantos pasos jurídicos e institucionales notables en este sentido, suscitando tantas esperanzas en las naciones interesadas, me es grato augurar ¡a vuelta y recuperación de la unidad moral y espiritual lograda por San Benito, para que se cree un clima estable y sincero de concordia, de comprensión mutua, de orden y consecuentemente, de paz entre los pueblos de Europa, como es deseo vehemente de todos.

El Patriarca casinense formó a los monjes y los hizo guías de las nuevas naciones "*per ducatum. Evangelii*". El substrato de la cultura general europea ha estado impregnado de cristianismo, y afortunadamente sigue estándolo todavía. Es necesario que el Evangelio continúe siendo el libro más conocido y amado especialmente de los jóvenes y de sus educadores, para que sobre sus enseñanzas se levante y consolide una auténtica unidad de espíritus capaces de traernos la paz.

Dé mayor valor a estos deseos míos la intercesión del gran Patrono y siga irradiando su espíritu desde ese lugar sobre Europa y el mundo, hasta hacer brotar frutos de auténtico progreso cristiano y cívico.

Con estas ideas invoco sobre su persona, sobre los Embajadores de las naciones europeas y sobre todos los presentes, abundancia de favores celestiales e impartido de corazón la bendición apostólica. Vaticano, 19 de marzo de 1980, II año de mi pontificado.

* * *

ALGUNOS PRINCIPIOS DE LA ESPIRITUALIDAD BENEDICTINA *(Alocución a las religiosas)*

En la serie de encuentros de esta singular jornada, es para mi motivo particular de consuelo encontrarme con las religiosas de diversos monasterios benedictinos de las regiones más cercanas de Italia

Presento con igual afecto mi saludo a todas las religiosas pertenecientes a otras órdenes e institutos por el acto de filial homenaje que han querido dispensarme.

Esta calificada presencia, mientras hace más gozoso el comienzo de las celebraciones del XV centenario del nacimiento de San Benito, ofrece al Papa, que ha venido a honrar su tierra natal, la ocasión de recordar algunos principios de la espiritualidad benedictina, de la que

tantas familias religiosas han podido beneficiarse en el curso de los siglos.

Efectivamente, esta espiritualidad, desde el principio, ha señalado un surco, ha sido una huella segura para la vida cenobítica y religiosa, suscitando santos entusiasmos en almas generosas, que siempre se han inspirado en ella; y también ahora, con su elemento predominante, esto es, la contemplación, está destinada a encender el ardor para las ascensiones espirituales en las mentes y en los corazones abiertos al influjo de la gracia de la vocación.

1. Por tanto, miro con admiración sincera a todos los monasterios de benedictinas, y con viva satisfacción utilizo respecto a ellos la imagen entrañable a San Benito, que los consideraba “escuelas del servicio a Dios”.

Dirijo, además, mi pensamiento de complacencia a todas las casas religiosas femeninas esparcidas por esta región de la Umbría, dóciles siempre en los siglos a las llamadas sugerentes del espíritu. Vosotras, queridísimas hermanas, no deseáis otra cosa que estar pendientes de Dios con pureza de corazón, en la soledad, en el silencio y en la oración: la de la mente y la del coro, “*opus cui nihil praeferendum*”, procurando para esta santa finalidad que no entre en vuestro espíritu, o que no salga, nada que no sea “deiforme” y que no lleve a Dios.

En vuestras casas monacales se ha realizado, por deliberación vuestra, la opción más importante de la vida: habéis renunciado generosamente a todo atractivo que el mundo podía daros, os habéis apartado de todo afecto terreno para uniros exclusivamente a Dios y poseerlo establemente en vuestro corazón.

En esta altura de vida mística, que es la suma de la perfección, a vosotras sumidas “en los pensamientos contemplativos” (Dante, *Paraíso*, XXI,117) os es dado experimentar, gustar y sentir a Dios, por medio de la continua aplicación de las potencias espirituales, aunque en la oscuridad de la fe; y vosotras sabéis, por experiencia, que cuanto más íntima es la conversación con el Padre celestial, tanto más se experimenta que nunca es suficiente el tiempo para este altísimo acto de caridad.

¿Cómo no recordar, a este propósito, la densa jornada que pasaron los dos Santos hermanos alabando a Dios y en santa conversación como nos cuenta San Gregorio Magno, a la que siguió la famosa vigilia nocturna, obtenida con la oración de Santa Escolástica, por lo que pasaron toda la noche saciándose de suaves coloquios y contándose los dos santos hermanos, el uno al otro, la experiencia de la vida espiritual? (*Diálogos*, 2,33; PL 66,194-196).

2. Estimuladora para fomentar el espíritu contemplativo y para sostener su compromiso perseverante, ha sido y es siempre la áurea regla, escrita por el Santo Patriarca, y considerada por todos los legisladores sucesivos un monumento de sabiduría y de perenne actualidad, porque sus enseñanzas ofrecen garantía de seguridad, de fecundidad y de claridad en cuanto que se derivan de la perfecta adhesión de San Benito al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia.

Esas prescripciones, ordenadas de modo que consideremos a Dios y a Cristo en el centro del universo y afirman su primado absoluto sobre todas las cosas, no habrían podido describir más eficazmente el itinerario espiritual de la monja benedictina, Y han sido fuente de inspiración también para muchas otras almas, deseosas de consagrarse totalmente a Dios y a los hermanos.

Habitualmente disponible ante Dios por la gracia santificante, la religiosa benedictina es conducida a considerarse frente a su Señor, su único amor y bien, con extrema sinceridad y verdad, y en esta situación debe desarrollar su actividad interior y exterior. Esto supone el

resuelto y constante anhelo de conformar la propia voluntad con la de Dios. San Benito lo ha previsto: efectivamente, en su regla es continua la llamada a la obediencia como a la virtud más apropiada para llegar a la santidad.

3. Mientras os invito, queridísimas hermanas en Cristo, a tener fe en las prescripciones y en los carismas de vuestros fundadores y de vuestra fundadora, deseo expresaros el agradecimiento de la Iglesia por la actividad que desarrolláis en favor de ella.

En efecto, no sólo ofrecéis a Dios un sacrificio excelente de alabanza y con muy copiosos frutos de santidad honráis al Pueblo de Dios y lo movéis con el ejemplo (cf. *Perfectae caritatis*, 7), sino que realizáis con vuestra vida de inmólación escondida una acción propiciatoria ante el Padre de las misericordias en favor de la Iglesia, en las dificultades que atraviesa al presente.

En particular, queridísimas hermanas en Cristo, confío a esta preciosa colaboración vuestra la jornada de hoy, en la que la Iglesia italiana, recogida en oración, presenta al Señor el propio sufrimiento por el orden moral y social tan profundamente turbado a causa de la aversión y del terrorismo, por las muchas víctimas que han pagado con la vida su fidelidad al propio deber y a los ideales de la convivencia humana y civil, por la desolación de tantos familiares privados de los afectos más legítimos. La pasión de Cristo, que nos aprestamos a revivir en los días ya próximos de la Semana Santa, continúa en el sufrimiento y en la sangre de estos hermanos y hermanas nuestros, afectados por el odio homicida. La Iglesia los llora, mientras llora sobre las llagas de su Señor.

Al hacer votos para que finalmente sea proscrita toda forma de violencia y se llegue a la justicia y a la paz por medio de la razón y de la recíproca comprensión, os pido que ofrezcáis hoy a Cristo Señor vuestra súplica, valorizada por especiales e íntimos sacrificios, a fin de que en la querida nación italiana pueda triunfar la bondad innata, la laboriosidad serena y la cohesión humana y civil, fruto del ejemplar y coherente proceder cristiano.

Confío la Iglesia y mis universales intenciones de Pastor y de Padre a vuestra ofrenda continua, que suplica, adora y aplaca a la Divina Majestad.

Por mi parte os confío a María, a la Virgen, modelo de las almas contemplativas y activas, a la Madre de la Iglesia, y os dejo mi bendición, haciéndola extensiva a cada una y a todas las religiosas de vuestros institutos, como también a vuestros respectivos familiares.

* * *

SER PORTADORES DE LOS IDEALES Y VALORES DEL MENSAJE DE SAN BENITO

(Encuentro con los jóvenes)

Queridísimos jóvenes:

Ya al terminar esta jornada tan intensa y rica de vivas emociones y de gozo interior, me resulta muy grato encontrarme con vosotros, jóvenes de la Valnerina y de toda la Umbria, y con cuantos os habéis reunido aquí para confirmar vuestro espíritu en esa generosidad de la que disteis prueba al día siguiente del desastroso terremoto que se abatió el año pasado sobre estas laboriosas poblaciones. Vosotros disteis entonces un testimonio luminoso, tanto más apreciable porque brotaba de vuestra espontaneidad, de vuestra dinámica y serena abnegación, emulando en la obra de asistencia y solidaridad el ejemplo de madurez precoz

ofrecido por el joven Benito, cuya cordura -como afirma San Gregorio Papa- maduró desde la infancia, aventajando a la edad con las virtudes (cf. *Diálogos* II, pról.).

Animados por esta voluntad de cooperación al bien de la comunidad y especialmente de cuantos se hallan en condiciones penosas de malestar, os habéis colocado en la verdadera luz del “humanismo cristiano” propuesto y vivido por el Santo de Nursia, y que se resume en un respeto auténtico por el hombre en cada una de las expresiones de su valor, en un amor eficaz con relación a él, especialmente cuando revela el rostro y la voz del sufrimiento.

Acoged, pues, queridos jóvenes de Cáritas, de Agesci, de la Comunidad de San Egidio, de Comunión y Liberación, de los Focolares, de Acción Católica y de los diversos grupos eclesiales, mi afectuoso saludo en esta tierra natal de San Benito, y sobre todo mi satisfacción por cuanto habéis realizado con entusiasmo juvenil.

Vuestro compromiso de caridad y de altruismo ha encontrado plena inserción en el cauce secular del mensaje benedictino, válido y actual también hoy porque está anclado en valores perennes, los cuales, si necesitan siempre nuevas expresiones y verificaciones, son capaces de vivificar y elevar la experiencia humana de todos los tiempos. Dicho mensaje puede atraer y cautivar también a los jóvenes de la presente generación, frecuentemente desilusionados y extraviados en el dédalo de una sociedad hedonista y permisiva.

Efectivamente, también los tiempos tristes, en los que se inserta la aventura espiritual de San Benito, estaban cargados de contradicciones íntimas, de aspiraciones ambiguas y utópicas, de vanos propósitos de grandeza; también aquellos tiempos estaban marcados por una languidez moral desoladora, por un tenor de vida mísero, bajo el choque de pueblos en expansión, pero dominados todavía por sugerencias de violencia. El Santo de Nursia, sin embargo, alimentado por las certezas de la fe, reafirmó la fuerza de un cristianismo maestro de dignidad moral, de libertad espiritual, y a la vez artífice de civilización.

Como vosotros habéis experimentado bien, la conquista de espacios interiores, que ofrezcan a Dios el puesto justo en el espíritu humano, todo ese compromiso, en fin, que podríamos señalar con el primado del “ORA”, del “reza”, no está absolutamente en contraste, más aún, concede respiro y da intuición creativa a la verdadera apertura hacia la esfera social, hacia el sufrido deber cotidiano, hacia las fuerzas vivas del trabajo y de la cultura, animando así con ferviente inspiración, con espíritu de servicio el grande y fatigoso mundo del “LABORA”.

¿Qué puedo decir de particular en este sugestivo marco de peñas y valles que templan el espíritu fuerte y valiente del jovencito predestinado, y en una hora tan cargada de fraternidad y de comunión, invadida por la presencia espiritual del Padre de nuestra civilización europea?

Continuad, queridos jóvenes, en el testimonio que generosamente dais, porque él, mientras está en sintonía con los valores de la tradición benedictina, al mismo tiempo, es fiel a los hombres de hoy, interpretando sus aspiraciones más profundas.

1. Vosotros habéis advertido la urgente necesidad de encontraros con el Absoluto y, por lo tanto, habéis descubierto la importancia de la interioridad, del silencio, de la meditación, para poder captar el sentido definitivo y apaciguador de la propia existencia. Habéis saboreado la dulzura de la oración y de esa siempre renovada y perseverante reconciliación de amistad con el Señor, establecida en los corazones por una actitud existencial de humilde y laboriosa obediencia al Padre celestial. Con san Benito, pues, os dirigiré la invitación paterna: “Ausculta, fili, verba magistri”; escuchad, hijos, las enseñanzas de los auténticos maestros, y mantened atentos vuestros corazones en el silencio orante, para retornar, a través del esfuerzo de una obediencia dócil a los sanos preceptos, hacia Aquel de quien os aleja una actitud de indolencia o de rebelión (cf. *Regla*, pról.). Poneos frecuentemente ante el Maestro interior y

ante quien lo representa, con la actitud del verdadero discípulo, que sabe callar y escuchar.

2. Vosotros, queridos jóvenes, habéis descubierto la caridad y el amor, que se manifiestan en la solicitud por el prójimo y en un diálogo abierto con los hermanos, respetando su dignidad y estando disponibles a una ósmosis de aportaciones recíprocas. Se trata de valores que San Benito instauró en un contexto socio-económico donde predominaban la explotación y el arbitrio, oponiendo el espíritu de fraternidad a la violencia, el compromiso activo a la pereza, para sentar los presupuestos de una renovación humana integral. El monasterio benedictino será como un anuncio de la nueva “societas”; dentro de sus muros se borran las discriminaciones entre nobles y plebeyos, entre ricos y pobres, entre libres y esclavos; en él encontrarán refugio colonos perseguidos y bárbaros opresores, deponiendo ante Dios rivalidades antiguas y rencores recientes, para dedicarse a la oración, al trabajo, a la ayuda mutua. Lleno de delicadeza al tratar a los monjes, al acoger a los peregrinos, al curar a los enfermos, el Santo enumera entre los instrumentos para obrar rectamente: “Pauperes recreare, ... infirmum visitare, ... in tribulatione subvenire, dolentem consolari; nihil amoris Christi praeponere: socorrer a los pobres, ... visitar a los enfermos, ... ayudar al que está pasando desventuras, consolar a los afligidos, ... no anteponer nada al amor de Cristo” (*Regla*, cap. IV).

3. Vosotros amáis la belleza, que es esplendor del orden y, por lo tanto, principalmente inocencia de vida y armonía del espíritu. La regla, cuya redacción ocupó al Santo durante mucho tiempo, y que indica con sabiduría y mesura las modalidades, y los tiempos de la oración y del trabajo, demuestra cómo él llevaba en el corazón esta belleza que brota de un ordenado ritmo de vida. Efectivamente, él armoniza en sí mismo el sentido de la autoridad, del orden y de la disciplina, tomado del mundo clásico, con una delicadeza de espíritu que maduró a través de su largo camino de perfección.

Primariamente es el orden espiritual el que reina allí, para permitir a los monasterios ser grandes centros de vida y de actividad creadora, con la conciencia madura de que el cristianismo es a la vez ascesis hacia Dios y compromiso terrestre, de manera que la oración lleva al trabajo no sólo como medio para asegurar a los monjes el necesario sustento, sino también como ocasión validísima de disciplina personal y de promoción social.

La fuerte llamada del mensaje benedictino para buscar a Dios y su voluntad, para instaurar un contexto social penetrado por la fraternidad y el orden, cobra actualidad singular en esta jornada de oración y de reflexión, a propósito del gravísimo problema del terrorismo en Italia.

La violencia que está destruyendo el tejido social de la nación italiana no es casual: parte de un programa preciso, nace del espíritu del odio. Aquí está la matriz de la violencia; sólo aquí. Es necesario no dejarse engañar por otras motivaciones. He aquí por qué es muy necesario, por parte de los cristianos, saber discernir este espíritu, comprender su perversión intrínseca (cf. *1 Jn* 3,15), no dejarse contaminar por él, para librarse con vigor de su espiral y no dejarse engañar por sus sugerencias. Sed, en cambio, apóstoles perspicaces y generosos del amor.

Queridos jóvenes, los ideales y los valores prevalecientes del testimonio de San Benito vosotros los habéis individuado y, con la gracia de Dios, os habéis comprometido a vivirlos; continuad interpretándolos y encarnándolos con valentía, con generosidad, con entusiasmo, convencidos de que el Señor mismo es el único garante, como dice el Salmista de un edificio de sólidos fundamentos, de un porvenir, por lo tanto, justo y humano, de una sociedad pacífica y productiva, de un orden armonioso y fraterno.

Con mi afectuosa bendición.

(*L'Osservatore Romano*, 30 de marzo de 1980)